

El rasgo característico de la danza teatral venezolana, en la actualidad, es la influencia dominante de las escuelas norteamericanas. Se puede afirmar que grandes capas de la cultura de Venezuela están penetradas por valores y modelos yanquis, pero es en la danza moderna y en el ballet donde su presencia se hace preponderante. Mientras en la mayoría de los países de la América Latina los cuerpos estables oficiales de ballet están pasando por una enorme crisis económica y por lo tanto artística, y en otros ni siquiera existen compañías de ballet, Venezuela levanta la danza importando la mayoría de sus elementos de los Estados Unidos, con una compañía de más de veinte bailarines y una exbailarina del American Ballet Theater de Nueva York, la venezolana Zandra Rodríguez, como primera figura.

A más de un año de su creación, el Ballet Internacional de Caracas se inicia con el auspicio de Fundarte (fundación privada) y la Gobernación del Distrito Federal, bajo la dirección artística del conocido maestro y coreógrafo Vicente Nebreda, quien dejó los Estados Unidos después de veinte años de trabajo continuo en el American Ballet Theater, el Harkness Ballet y otros conjuntos, para volver a su tierra y comenzar de nuevo.

Para formar el Ballet Internacional de Caracas, se contrataron bailarines y técnicos extranjeros (incluyendo al excelente pianista norteamericano Mark Richards), ya que en Venezuela fue cerrada hace más de cinco años la tan necesitada escuela nacional de ballet y danza moderna, donde por lo general se forman los futuros bailarines en cada país. La primera aparición del Ballet Internacional de Caracas fue en setiembre de 1975, en el Teatro Municipal de Caracas; luego se presentó en giras por el interior y exterior del país. Comenzaron por Colombia donde tuvieron una enorme acogida, sobre todo en el Festival de Arte de Tunja, con una asistencia de más de diez mil espectadores. Luego tuvieron una exitosa actuación en Europa: en el teatro de Champs

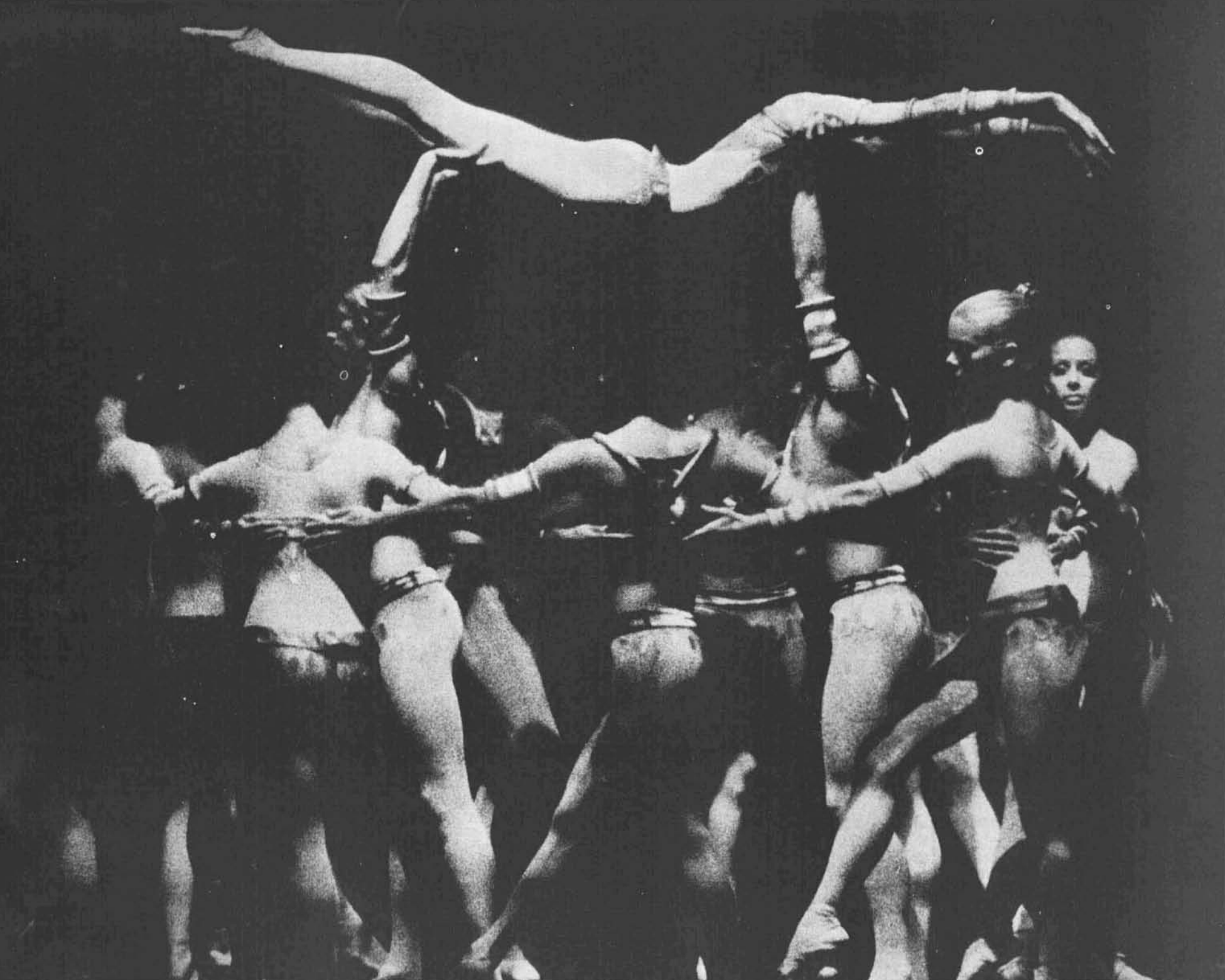
el ballet en VENEZUELA

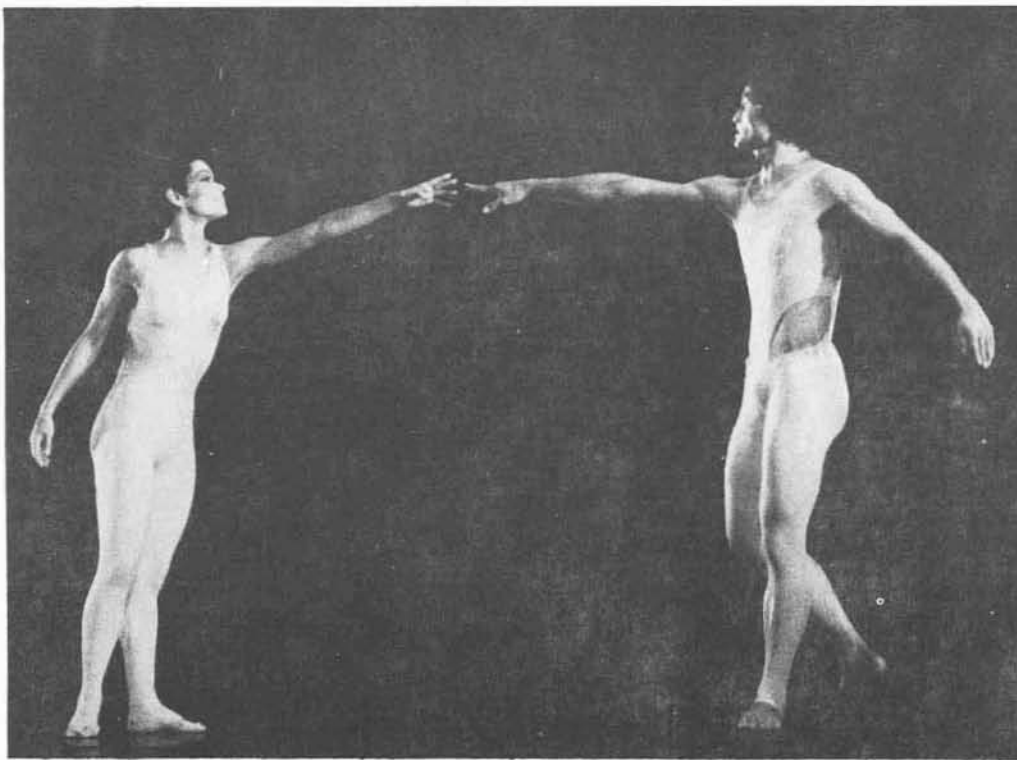
TERESA TRUJILLO

Elysée en París y en el Festival de Nervi en Italia, recogiendo Nebreda muy buena crítica por su coreografía **La luna y los hijos que tenía** (con música de Michael Kamen), y Zandra Rodríguez los mejores elogios como primera figura y destacada intérprete.

Con muchos esfuerzos y también con mucha dedicación, esta compañía siguió cohesionándose en lo artístico y en lo organizativo, y ha llegado a formar un grupo en su mayoría venezolano con bailarines de distintas escuelas privadas de ballet. Han vuelto a su país de origen los artistas invitados, aunque han quedado Zane Wilson y Dale Talley, entre otros. Ubicados físicamente en un amplio piso del complejo urbanístico Parque Central, Fundarte instaló allí cómodamente a la compañía, que actualmente es entrenada por el conocido maestro argentino Héctor Zaraspe, quien ha residido en los Estados Unidos desde hace varios años, y es profesor de la Juillard School of Dance. Serio, exigente, sin perdonar detalle, maestro de varias escuelas de ballet clásico (Cecchetti, entre otras), Zaraspe corrige una y otra vez, y prefiere la limpieza ante todo: "Mi misión comienza por enseñar a los bailarines a amar la profesión, porque los pasos son todos iguales en todas partes del mundo, lo que cambia es el sistema, y lo más importante es cómo ellos edifican la clase" nos dice, y prosigue: "El proceso es, entonces, edificar con un completo cuidado todos los movimientos. Soy casi un autodidacta, aunque me sirvo del sistema Cecchetti que es la base fundamental, pero al ir evolucionando la danza voy enriqueciendo la técnica con otras combinaciones. La danza es un virus que lo tiene que poseer a uno."

Zandra Rodríguez, quien también cumple contratos internacionales bailando en el Ballet de Hamburgo, ha tenido como partenaire en las actuaciones caraqueñas al conocido bailarín norteamericano Ted Kivitt en el **Cisne negro** y en el **Chaikovski Pas de deux** de Balanchin. Ambos han desplegado brillantes interpretaciones: por su técnica, su equilibrio y su seguri-





dad en ella; sus saltos y su temperamento clásico-romántico en Kivitt.

Entre otros posibles proyectos del Ballet Internacional de Caracas estaba la invitación a Graciela Henríquez, bailarina y coreógrafa venezolana radicada en México, a montar un ballet para el repertorio. Lamentablemente este contrato, que podría marcar una nueva apertura para las iniciativas de integración de artistas venezolanos al Ballet Internacional de Caracas, está por resolverse o concretarse.

Cuando estas líneas se escriben, la compañía se encuentra de gira por los países de América del Sur: Argentina, Brasil y Colombia, después de varias presentaciones en Caracas, donde presentó un variado repertorio con coreografías del propio Nebreda y de los norteamericanos Ben Stevenson, Balanchin y Alvin Ailey. De este último montaron *El río*, con música de Duke Ellington, que fue creado originalmente para el American Ballet Theater. Este ballet está integrado por un prólogo, once secciones y un epílogo. *El río* se compone de: Naciente, Meandro, Cascadas risueñas, Saltos de agua,

Zhandra Rodriguez y Manuel Molina en Rodin Mis en Vie.

Pág. anterior: el Ballet Internacional de Caracas en La luna y los hijos que tenía, coreografía de Vicente Nebreda (Fotos: Ricardo Armas, Caracas).

Remolino, Lago, Arroyo principal y Dos caminos. Es un hermoso y bien estructurado ballet, donde Alvin Ailey maneja sin confusiones la técnica moderna y la clásica, y sin desarticular una plasticidad, armoniza un lenguaje que llega fácilmente al espectador por su sencilla imaginación y su sensible creación. La revelación de este ballet fue la aparición del bailarín venezolano Freddy Romero, alejado del país hace casi veinte años, quien abre y cierra la danza con una soltura de movimientos muy bien asimilados del propio Ailey, quien fuera en otras épocas un maravilloso intérprete

de sus propias creaciones. El resto de la compañía baila e interpreta las restantes secciones con una madurez y flexibilidad admirable.

El resultado de esta meritoria labor, de apenas un año y medio, la vimos en el propio público venezolano que ha agotado las localidades del Teatro Municipal de Caracas, tan silencioso y pasivo en muchas otras manifestaciones dancísticas. Hoy el público caraqueño reconoce en el Ballet Internacional de Caracas una incesante tarea, compensándole sus esfuerzos con una asistencia masiva.

Es de esperar que de aquí en adelante el Ballet Internacional de Caracas dé lugar, cada vez más, a los futuros artistas venezolanos, quienes emergen poco a poco en medio de la explosión económica, producto del petróleo, que también ha tomado de sorpresa a la danza. Importar puede ser beneficioso, siempre y cuando se sepan asimilar técnicas y experiencias ajenas para mejor elaborar lo nuestro. Lo lamentable sería quedar en la mera imitación o repetición extranjera.

Caracas, mayo de 1977